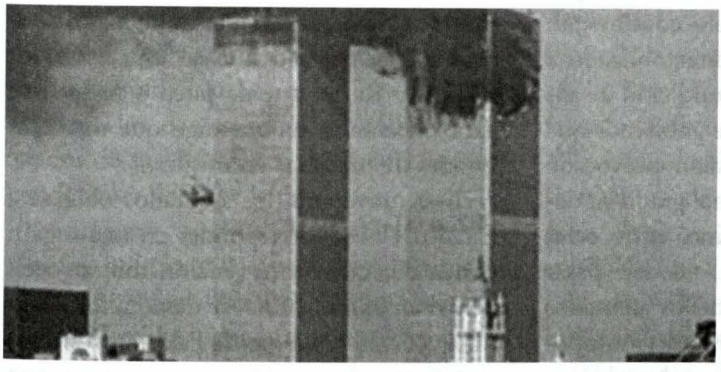
ANÁLISIS SICOSOCIAL DE LAS ACCIONES DE EE.UU. DESPUÉS DEL 11 DE SETIEMBRE DEL 2001

Capitán de Corbeta
John Ramírez Vega



Los atentados terroristas en Nueva York y el Pentágono crearon una sensación universal de que el mundo cambiaría de un día para otro, la tragedia del 11 de setiembre deriva de la magnificación de los efectos psicológicos, políticos, económicos y estratégicos de un acto terrorista común.

Los atacantes convirtieron aviones de pasajeros de bandera estadounidense en armas para dar el primer y devastador golpe en territorio continental de Estados Unidos, contra dos importantes símbolos del poderío económico (el World Trade Center, en Nueva York) y militar (el Pentágono, junto a Washington) de la mayor superpotencia mundial.

Para que esto represente una revolución en materia de seguridad tiene que existir la probabilidad de que se repita. Eso es difícil de desestimar. A pesar de que es dado suponer que se reforzaron los controles de seguridad en todo el mundo, los secuestros aéreos han sido hasta el momento ocurrencias comunes y es difícil descartar que vuelvan a suceder, lo que significa que cada caso de avión asaltado que se repita en adelante planteará dilemas para los gobiernos, que deberán considerar la opción de abatir una aeronave civil que transporta a ciudadanos propios o, complicando aún más las cosas, a extranjeros.

De hecho, el Presidente estadounidense George W. Bush ordenó derribar el avión secuestrado que aparentemente se dirigía contra algún blanco en Washington y que, finalmente, cayó en Pennsylvania cuando los pasajeros trataron de reducir a los asaltantes.

A ello se suma la envergadura del efecto que tuvo para la economía de Estados Unidos, que ya estaba en proceso de recesión. A los pocos días de los ataques, las mayores aerolíneas del país y Boeing anunciaron el despido de decenas de miles de personas.

Pero, el mayor efecto trastornador probablemente haya sido en el plano de la política exterior. Tras haber sufrido el mayor ataque extranjero en su suelo continental, Estados Unidos consideró estar obligado a responder para ratificar su condición de superpotencia, sobre todo ante gobiernos que quizás, superada la conmoción provocada por los atentados, vean de mal grado su debilitamiento. Tal vez a China, entre otras potencias rivales a EE.UU., no deje pasar las circunstancias creadas por los atentados en el que se vislumbra un mundo multipolar dominado por varios, en vez de unipolar, como insiste Estados Unidos.

Es la primera vez en la historia de Estados Unidos que el gobierno conformó una coalición internacional para responder a un ataque sufrido en suelo propio, en vez de acudir a socorrer a sus aliados como lo hizo en las dos guerras mundiales del siglo XX, esto supuso un cambio marcado en la política exterior, esta vez Estados Unidos enfrentó un enemigo elusivo, sin capital ni rostro, que podía estar en Miami, Hamburgo o Kandahar, una hidra que no moriría con la decapitación de una sola de sus cabezas.

En otras palabras, con la captura de Osama Bin Laden, no se acaba el problema. Es una guerra que requerirá no sólo una ofensiva militar contra países que sirvan de refugio a organizaciones terroristas, sino también minuciosas investigaciones policiales en todo el mundo.

Los atentados han sacudido los cimientos sobre los cuales descansaba el sistema de seguridad internacional, que aún carece de mecanismos para responder con eficacia a este nuevo tipo de amenaza. La relativa estabilidad de que ha gozado Occidente o, mejor dicho, el hemisferio norte, en los años de posguerra se debía en buena parte al régimen de paridad nuclear entre Estados Unidos y Rusia, que de poco o nada sirve para enfrentar a un enemigo que torna los aviones de pasajeros en misiles.

Más grave aún, los atentados obligan a Estados Unidos a responder en una región donde cualquier intervención militar occidental amenaza con crear desequilibrios estratégicos. El gobierno de Pakistán comprometió su apoyo a Washington, pero una buena parte de la población, musulmana en su abrumadora mayoría, manifestó su hostilidad hacia una ofensiva contra Afganistán. Una revuelta en Pakistán, una potencia nuclear propensa al desorden político y que hoy es gobernada por un régimen surgido de golpe, pondría fácilmente en peligro la frágil estabilidad de las relaciones con su vecino y tradicional enemigo, la India, también dotado de un arsenal nuclear.

Cualquier acción que emprenda Estados Unidos crea el riesgo de exacerbar las percepciones de ciertos sectores extremistas musulmanes, de que Washington es enemigo del Islam y amenazó con alargar la campaña contra el terrorismo, que según Bush será prolongada, más de lo que ahora promete.

Ahora Estados Unidos, conoce el dolor

del terrorismo, el temor que esos ataques provocan en su territorio, trastocando la tranquilidad que le daba su poder bélico, y lo más grave, es no poder asegurarle a su población que no volverá a ocurrir algo igual o similar, pues sigue latente la posibilidad de ataques con armas químicas y biológicas.

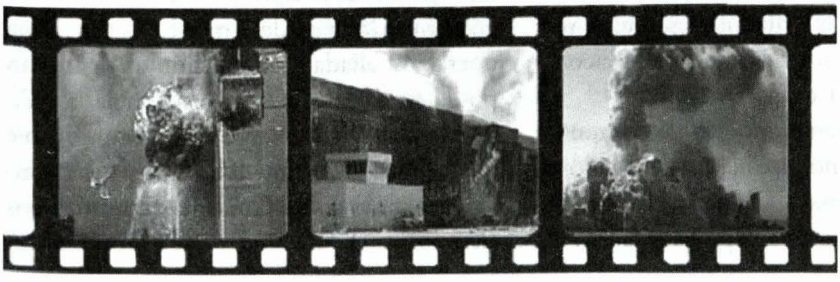
Por lo tanto, EE.UU. buscará justificar su accionar, legal o no, contra los supuestos o reales culpables del 11 setiembre, tratando de conseguir no sólo la aceptación de sus políticas, sino el apoyo hacia ellas, convirtiendo a los demás países en cómplices o aliados de sus decisiones, que nadie está en condiciones de impedírselo.

Asimismo, podrían aprovechar la coyuntura política y sicosocial, para definir la situación Arabe - Israelí, su lucha contra el narcotráfico en países latinoamericanos, y su hegemonía absoluta, iniciada con la globalización.

Sin embargo, ¿quiénes cobrarían la factura de esta decisión?, sería el mismo orden internacional, sin pasar por alto, su misma población que a partir de ahora, como dijo el más buscado de la tierra, *"no conocerán lo que es la paz y tranquilidad"...*

"Déjennos reordenar el mundo en torno nuestro"—nos dice—y nos reveló—Tony Blair, portavoz oficioso de las fuerzas que atacaron a Afganistán, la aventura que no tenía una justificación convincente y que empuja hacia resultados inciertos.

El despliegue de fuerzas en una zona largamente señalada como del interés estratégico por parte de potencias que manejan desde hace varios años la geografía del conflicto post-guerra fría, hace pensar en la frase de Tony Blair: "Déjennos reordenar el mundo en torno nuestro". Si no se ha estado perdiendo el tiempo en rodeos inútiles, se trata, como se ve, de ocupar la antigua posición clave, en el camino de todas las conquistas hacia el corazón de Asia. Y esa posición –esa entidad geográfica– , como también lo pensaron los generales de Hitler, es Afganistán. Éste junto al continente Indio y China, es un centro de importancia geopolítica y estratégica con Irán al sur, y al norte con las regiones del Cáspio y con el centro de Asia. Territorios que vienen desgajándose de la experiencia soviética, ricos en petróleo y minerales. La tentación petrolera le proporciona una aura muy diferente



El devastador ataque terrorista del 11 de setiembre en territorio continental de Estados Unidos trajo consigo una gran incertidumbre con respecto a la defensa y seguridad de ese país.

a la pretendida acción de "castigo al terrorismo". Suficiente la tentación para no trepidar en genocidios mayores.

La ocupación o conquista de Afganistán –pues de eso se trató, según los rasgos masivos que tomó la operación militar–, le resolvió a los dirigentes norteamericanos otros problemas bien alejados de sus declarados deseos de justicia y de venganza.

Los que se sitúan en las diferencias, que se han ido acentuando, entre los intereses de los movimientos islámicos y los proyectos expansivos del imperialismo en la última fase de la globalización, ya que a través del integrismo islámico han tomado forma nuevos reclamos que podrían echar por tierra los proyectos de recuperación por parte de las potencias centrales de la fragmentada herencia de la URSS en las zonas del Cáspio. La operación militar sería entonces, una de las tantas reacciones del "centro globalizado" contra aquellas zonas "grises" no funcionales y hasta rebeldes.

En ese campo, Bin Laden y sus seguidores, hay que entenderlos más allá de una simplificación limitada al agente de la CIA "que se vuelve al frío", como sujetos de un proyecto político, que antagoniza el modelo colonial propuesto por las compañías petroleras y la Casa Blanca. La disociación entre EE.UU. y el Talibán, conducía de hecho a un conflicto mayor por el control de Afganistán y EE.UU. tenía una resolución tomada al respecto, mucho antes de los acontecimientos del 11 de setiembre.

En el "problema chino", la descomposición del socialismo no había alcanzado a destruir y a someter a China, y el debilitamiento de la economía capitalista había echado por tierra los intentos por separarla y asimilarla en las economías de mercado. Al contrario, se ve asomar un período de fuerte crecimiento de la economía y el comercio chino, que tiene la ventaja de la estabilidad frente a la crisis irreparable de las economías capitalistas de occidente. Últimamente el mercado chino, hasta comenzaba a ser visto como santuario para capitales que huían de la crisis occidental. Numerosos incidentes confirmaban el crecimiento de la desconfianza y de la agresividad, por parte de los EE.UU., que comenzó a elaborar nuevos proyectos para establecer futuros escenarios económicos y militares adversos a China. Uno de esos proyectos es la recolonización del Asia Central por parte de las potencias de Occidente, que vendría a establecer un cerco sobre el patio trasero de la gran potencia Oriental. La posesión de Afganistán, con su estrecha frontera sobre las alturas de China, vendría a ser entonces esencial.

La resbalosa relación con la decadente Federación Rusa, a pesar de toda potencia nuclear global, que en su propia crisis puede perfectamente reinscribir situaciones riesgosas, hacía todavía más imperativa la redefinición de la pertenencia de los recursos energéticos del Cáspio, de Asia Central y de Siberia, y la creación en esas regiones de una soberanía dependiente de Occidente, al modo de la exitosa experiencia con los gobiernos lacayos de América Latina. Una operación aliada, con relación a Afganistán podía también atraer a Rusia hacia la NATO y alejar del escenario un cuestionable pacto Ruso - Chino - Islamita, que ha estado rondando como fantasma en los últimos tiempos.

En todos estos espacios ya se venía dando una penetración sustantiva de las empresas petroleras norteamericanas. La inteligencia tuvo también su lugar en las operaciones que siguieron a la fragmentación de las regiones de Asia Central, pero en cuanto a "libertad" o "democracia" se refiere, dejaron mucho que desear. Las expectativas reorganizadoras fueron desmesuradas, los resultados, más bien magros, fueron cercados por una economía mundial que perdía empuje. Sin excepciones, el poder quedó en manos de ex aparatchiks, mafiosos, narcotraficantes y dictadores, los mismos que hoy sirven al juego de la sedicente "lucha antiterrorista".

Pero ha surgido otro problema que toca directamente a la intimidad del sistema imperial: la recesión. Un nudo de situaciones sin clara salida, que se manifiesta en la contracción de la economía mundial a tal nivel, que ya no es una exageración hablar del regreso de la Gran Depresión. Sobre todo cuando la contracción experimentada por la economía norteamericana, saludada con una baja brutal en la Bolsa Neoyorquina, viene a arrinconar a las economías del mundo y las proyecta a un espacio nuevo, en donde ya no reconocen la efectividad de modelos que creían impuestos para la "larga duración".

En efecto, hay una crisis recesiva, y hasta podría producirse la caída en una Gran Depresión, similar o tal vez peor a la del año 1929. Por lo tanto, el empujón belicista se ha dado persiguiendo dos objetivos: permitir a las corporaciones un mayor acceso a los recursos sociales, y frenar la caída mediante la economía de guerra.

Posiblemente todo lo que está pasando en el mundo, sobre todo esta aceleración y agudización de los conflictos, es consecuencia de la caída económica, incluyendo la tragedia de las Torres Gemelas. Y hay que repetirlo, la crisis, una crisis muy grande, venía de mucho antes, y no fue consecuencia de la caída del World Trade Center, como se ha querido hacer creer en la operación ideológica corriente.

Que el problema económico, se notó en las propias afirmaciones del Presidente norteamericano, que no perdió oportunidad para anunciar que "la guerra va a ser larga", esto es, que los mercados deben adecuarse a ella, orientando las inversiones hacia la producción armamentista. Y como cuenta ahora con una ciudadanía aterrorizada, ya no le es difícil divertir importantes partidas del tesoro público hacia la esfera empresarial y el sostenimiento de los stocks.

En este ambiente nació en algún momento una propuesta ignorante y peligrosa: *que sólo la guerra era capaz de levantar los mercados*. Para eso, se crearon símiles generalizadores sobre crisis anteriores. No repararon que, en el caso de la Gran Depresión anterior, que comenzó en 1929, las guerras y las economías de guerra que la siguieron sólo profundizaron la descomposición y la destrucción: sólo después de la Segunda Guerra vino a darse una recuperación del ciclo. Y eso fue después de casi dos decenios de tragedia.

El hecho, es que se urdió un modelo muy particular de la crisis en curso, que permitía razonar la salida de la depresión mediante la guerra. Una guerra sin objetivos claros, una guerra "acordeón" a la que se le

colgaban ofertas económicas irracionales. Con ella, en algunos países de América Latina, se levantaron dos esperanzas: una, que como se decía "arriba", precipitaría la recuperación de la economía de EE.UU., y con ella la de todos los que se le colgaran. Y la otra, que con las nuevas condiciones, el capital fluiría hacia las ansiosas periferias y sus ofertas de trabajo barato.

Afganistán sirviría para todo. Y una vez montado el escenario de los bombardeos, es posible que aparezcan nuevos escenarios de destrucción, como para asegurar el lema de que "el capital es destrucción creadora".

Si se juntan sólo estos cuatro aspectos, puede entenderse mejor la nueva aventura de Afganistán, a que tan aguerridamente nos llamó Bush, Blair y el coro necio provisto por otros gobernantes interesados o temerosos.

LAS CONSECUENCIAS

Podemos enumerar varias consecuencias que se desprenden de las primeras operaciones del grupo imperialista en esta guerra:

En relación con Afganistán

Pronto se diluirá la machacona prédica de la lucha contra el terrorismo y la persecución de Bin Laden, en las necesidades de la ocupación de un territorio rebelde. Bush, empujado por presiones corporativas y delirios, dejó de lado otras opciones en la lucha contra el Talibán, como habrían sido las menos heroicas presiones políticas y económicas, y optó ("yo ordené") por la grande y aplastante operación militar, que tras el bombardeo - y que tuvo consecuencias - como lanzar el trabajo de tierra destinado a ocupar terreno y destruir los bolsones de resistencia. El modelo lo proporcionó la blietzkrieg alemana. Y puesto en este plan, el aparato imperialista tiene confianza en hacer valer el peso inconmensurable de la tecnología que tiene a su disposición.

Se da como un hecho, que tras algunas escaramuzas el ejército imperial ocupará las principales ciudades, pero que luego el enfrentamiento será menudo, en una extensa guerra de montaña. En un conflicto semejante, la URSS empleó 100 mil soldados y perdió una parte importante de ellos.

El establecimiento de la "Satrapía de Afganistán" demandó necesariamente, por razones de seguridad, el acantonamiento permanente de algunas bases militares norteamericanas. Cosa que no es problemática, porque así ha sido siempre.

En las regiones vecinas

La entrada de EE.UU. en Afganistán y su permanencia, dependió fuertemente de suministros y circulación libre de tropas, para lo cual contó con los estados aledaños. Ya desde el montaje de la operación, fue necesario coordinar con pakistaníes y los uzbecos. En ambos casos, los gobernantes debieron recurrir al doble juego, dijeron que no al total de las exigencias norteamericanas, pero por debajo, concedieron algunos de sus pedidos. Pakistán dejó pasar los misiles y los aviones, y Uzbekistán, las tropas.

Al parecer, los bombardeos, lejos de debilitar la convocatoria del discurso integrista islámico, se vio favorecido y tuvo una enorme difusión.

Después de un año se han incrementado las acciones anti-norteamericanas en todo el mundo árabe y un crecimiento de la influencia política de los sectores integristas y nacionalistas.

En el mundo árabe también el Comando imperial ha encontrado asistencia para conducir al fracaso y quizás a la tumba a quienes se le han acercado. Ahí tenemos a la diligencia palestina, reprimiendo y aniquilando a los estudiantes palestinos que protestan, otro caso a citar es el dictador de Pakistán, Pervez Musharrraf, quien ha enfrentado a su pueblo, a pesar de fuerte resistencia de su propio ejército.

El concurso de Turquía respondió a una larga asociación con el proyecto petrolero del Cáucaso y promesas renovadas de restitución territorial a costa de regiones turcomanas y musulmanas. Turquía pudo estar dando su apoyo inerte a este juego, pero hasta ahora parece ser que tiene más urgencias con su economía devastada.

En adelante, los poderes excepcionales de Bush han generado muchas sorpresas en relación a la situación en el Medio Oriente, y eso lo intuyen en Irán, Irak, Israel y Palestina. Sólo allí puede escrutarse el enorme potencial del desastre a que empujó esta repentina y enloquecida vocación por crear "el nuevo orden" en el nuevo orden. Hasta el mismo A. Sharon llegó a exclamar que "no aceptarían los israelitas ser tratados como en Checoslovaquia"... en una clara referencia a los célebres acuerdos de Lord Chamberlain con Hitler, que abrieron paso a la Segunda Guerra Mundial.

Una posición semejante pareció tener China, que suavemente apoyaba, manejando sólo reservas relacionadas con el trato a las poblaciones, mientras en la misma coyuntura acelera procesos represivos en las zonas vecinas correspondientes. Pero no tardará mucho en descubrir la muralla y las interdicciones que el intento expansivo del imperio le está tratando de construir, justo a sus espaldas, donde había un vacío.

Pero los chinos no dejarán de ver con sobresalto, que se alza en el horizonte otro espectro, mucho más peligroso, el que contribuyó tan eficientemente al desplome de la URSS: la aceleración de la carrera armamentista. Amén de la tenebrosa emergencia de fuertes conflictos—esa larga guerra de la que habla Bush– en Asia Central y en el continente Índico.

En zonas del Hinterland Occidental (centros y periferias)

Pasada la ola de sensibilización a las ofertas simples pero débiles de la propaganda de guerra norteamericana, se ha dado inevitablemente el crecimiento de la crítica a la guerra. La presencia devastadora de la brutalidad, cansó como espectáculo. Las ambiciones imperiales no tardarán en aparecer más desembozadamente con la consecuente caída de su legitimidad y las crecientes acusaciones de genocidio contra la humanidad.

La guerra no se ha dado tampoco aparte del otro megaescenario provisto por la depresión económica, que está generando sus propias resistencias. La ilusión del imperio es recuperar músculo económico mediante fuertes inversiones en el área armamentista y resolver el desempleo mediante la conscripción. Pero es que la guerra de Afganistán era una guerra pequeña...¿o es que efectivamente hay algo más amplio entre manos? una perspectiva macabra que generó un amplio rechazo. Para asegurar este traspaso, la reacción tiene confianza en la implantación de viejas y nuevas trampas ideológicas. Pero las ideologías no siempre pueden sostener indefinidamente lo insostenible.

Estados Unidos, desde los inicios de este conflicto trató –y luego trastabilló- en hacer creíble una nueva polaridad entre civilización y barbarie, cristianismo e Islam. Nada excluye que persista en esta línea, fomentada por simplistas que creen en el mito del enfrentamiento de civilizaciones. Entre tanto, ese argumento se deja - dada su impopularidad- en reserva, y se legitimó solamente la lucha contra un "terrorismo" fantasmal, granular y contra las regiones o naciones que lo apoyen. Y la primera que estuvo a mano fue la región que convenía a un largo proyecto estratégico que amarraba los intereses centrales del sistema.

En los centros, EE.UU., Europa y Japón, había una visión dispersa sobre los motivos y los beneficios de esta guerra. Es en EE.UU. en donde más claramente se asomó la visión dogmática, propalada desde los círculos del complejo industrial militar de que la guerra es el antídoto de la depresión. Pero también ha sido allí donde se han levantado las posturas más enérgicas en contra de esta falacia, dando a entender sobre todo la circunstancia en que asomaba la guerra, que posiblemente sólo podía venir a acentuar las características depresivas del ciclo, y que sobre todo, no traía una solución a corto plazo y es este plazo donde se habían ido acumulando las olas recesivas. Por otra parte la guerra tan especial que se estaba lanzando, al principio sin siquiera tener un enemigo reconocible, y que después vino a ser Afganistán, con sus masas hambreadas, con 25 aviones viejos y 4 helicópteros, además de ser internacionalmente aislado y que no podría soportar la presión de todas las potencias coligadas por más de dos semanas. No podía ser simplemente la base razonable de un nuevo despegue económico, la justificación para una economía de guerra poderosa y de largo aliento.

Y esa reflexión muy extendida avanza como muestra, el bajón de las bolsas a la se-

mana de haberse iniciado la retórica de la guerra, y la baja consecutiva y mundial después de los bombardeos. Es cierto que, mientras tanto, se sumaban algunos porcentajes a favor de las industrias de armamento.

En Europa, las ofertas de la guerra podían entusiasmar más a algunas franjas del sistema interesadas en el proyecto Centro Asiático, pero ha venido a ser deprimente en el frente social interno. No resolvía el agudo problema del desempleo, y traía consigo serias discriminaciones. Por otra parte, una excesiva "unidad" de acción, de propósitos y de mando, quitaba espacios de maniobra a su propio establecimiento económico, un tanto distante y fuertemente competitivo con el establecimiento estadounidense. Hoy en día, muchas grandes empresas europeas, más que plegarse a la conversión armamentista, prefieren trasladar sus operaciones a Oriente.

En Japón, como en todos los países del Asia, se entendió más claramente el mensaje de la operación norteamericana, y eso también violentó los mercados.

La prensa, en general dijo cosas duras de un conflicto que inicia desestabilizaciones adicionales a un sistema inestable, en donde se podía notar ya la gravedad de lo que podría ocurrir en el continente Índico y en Indonesia.

Consecuencias políticas y culturales

La consecuencia más saliente es el rebajamiento moral que ha experimentado el mundo con el lanzamiento de esta guerra y sus justificaciones. De la noche a la mañana se han convertido en valores positivos Auschwitz e Hiroshima, y los medios de comunicación lanzaron una intensa campaña para hacer aceptable y entretenido el genocidio.

Lo grave es que estamos ante una estrategia global que utiliza todos los medios para establecer lo que llegará a ser una profunda modificación en la cultura política .

En el terreno político es donde más duramente están pegando las consecuencias inmediatas de este belicismo.

Es en la forma de acciones legislativas que vienen a coartar las libertades públicas y los derechos civiles, los espacios de privacidad, etc. Y es en la extensión que vienen a tener las prerrogativas de la inteligencia y del espionaje. Los proyectos más antidemocráticos y reaccionarios ya tienen traducción. Hubo un momento en donde hasta se propuso en los EE.UU. que los extranjeros llevaran marcas visibles en sus trajes. La rápida traducción de estas iniciativas a conductas aceptadas y legisladas por decretos en la periferia colonial, dan al traste con las perspectivas democratizantes que pudieran haber con anterioridad. De hecho, el sistema está usando la guerra como pretexto, y va estableciendo las bases para dictaduras que lo defiendan de los reclamos sociales que se puedan derivar del deterioro generalizado de la situación económica.

Un paso, que va también en el sentido de la explotación del clima bélico y depresivo, se ha dado a través de la construcción

de "regímenes de unidad nacional" que producen de hecho la abolición de la crítica y de la pluralidad en el interior de ensambles o pactos, donde de pronto el capitalismo se pone bueno a cambio de promesas del sector plebeyo de apoyar "la reducción del conflicto". En esos pactos casi siempre los sectores empresariales comienzan a señalar su interés en la abolición de la pobreza, tarea fácil de prometer ahora que llega la crisis.

¿Qué ha pasado, mientras, con el derecho internacional, que quiso ser un derecho de la Paz?, ¿qué pasó con el entramado proceso de formación de organismos internacionales que excluían la guerra en la solución de los conflictos? Otra consecuencia de este movimiento lanzado por la potencia más poderosa del planeta, es haber puesto entre las cenizas de Kabul y Kandahar todo aquello. Hasta la OTAN ya hoy no es más que un instrumento. ¿La ONU?, una parroquia de pueblo chico. La conducción del proceso se llevó al estilo de los viejos imperios militares. Acompañado esta vez por los bombardeos de 24 horas sobre poblaciones que acostumbran al televidente a ver desaparecer aburridamente, como figuras en un juego de Nintendo. Los partes del Comando "Aliado" nos dicen todos, que para este capitalismo reventado, llevado a su extremo, el ser humano ya no cuenta.

Y casi sin resistencia, la aventura de Bush fue con viento en popa. Tuvo casi asegurada una abundante extensión del conflicto. Pero habrá que ver cuán estable le podrá ser su instalación sobre las huellas de las falanges de Alejandro el Grande. En esa región de tráficos y rencores, en la magnífica compañía de aliados tan "seguros" como los mafiosos del opio y la heroína, bandoleros, y algunos laboristas británicos y renovados de diferentes pelajes y latitudes. ¡Y, vaya como ha destacado el "Tony" Blair, el proponente de "la tercera vía", en esta historia!

Pero no será la guerra la que en lo inmediato devastará al hinterland occidental y a su sedicente vocación imperial: será la Depresión. Esa enfermedad que se quiere ocultar, incluso, con los alardes y despliegues bélicos. Esa Depresión que se trata de esquivar mediante los mecanismos de la destrucción y de la barbarie, y que encuentra en ellos, su profundización.

Al caer la noche del 7 de octubre, EE.UU. y sus aliados atacaron Afganistán Como en otras guerras que perseguían la consolidación de los mismos intereses imperialistas, se pinta como lucha humanitaria, ha vacilado en proclamarse una lucha por la justicia, aduce como objetivo "destruir al terrorismo", mientras se propone una extensa instalación en lugares de valor estratégico para el control del globo. Una guerra, que aunque se anunciaba como una ocurrencia siniestra enteramente nueva, era bien simplemente "la continuación de la política".